

## El mito de un nombre: Malinche, Malinalli, Malintzin

ROSA MARÍA GRILLO  
UNIVERSIDAD DE SALERNO

Tanto las crónicas como los estudios recientes nos han enseñado que la Conquista de América pasó a través de la palabra: nombrar con palabras nuevas al nuevo mundo significó bautizarlo, adueñarse de él, imponer otra lengua, otra religión y otra cultura que borraba a las anteriores. Significó “inventarlo” o, como ha dicho Abel Posse, “encubrirlo” y no “descubrirlo”. De la misma manera, el nombre más utilizado hoy para nombrar a la intérprete y amante de Cortés, Malinche, y las connotaciones despectivas que se le han pegado, es otra forma de encubrir la Historia y sus protagonistas, ya que con este nombre nunca la llamaban sus contemporáneos: era Malinalli para los indios, doña Marina para los españoles. “¿Qué hay en un nombre?”, se preguntaba Julieta en la obra shakesperiana y, como en aquel caso, podemos decir que así como detrás del nombre de Romeo hay todo un mundo enemigo para Julieta, detrás de los diversos nombres de esta mujer hay diversos mundos, diversos juicios, diversos *discursos*.

De origen impreciso, sabemos algo de ella sólo a partir del encuentro con los españoles y hasta el repudio de Cortés. Después del bautismo, nacida a una nueva vida, con su nuevo nombre y con su nueva palabra –aprendió el castellano rápida y milagrosamente– será el puente, la traductora entre dos épocas, dos culturas, dos mundos, pero pasando por el limbo de “la nada”, de la cosificación, de la pérdida del nombre y la identidad. Eclava entre esclavas, doblemente inferior por ser india y mujer, que recupera un nombre y una identidad gracias al poder de la lengua que la equipara y hasta la superpone a los españoles (destronando a Jerónimo de Aguilar, “el lengua” español) y a su fuerza y coraje que la equiparan a los hombres, como reconocen todos los cronistas e historiadores de la época. De toda –o casi toda– la serie de personajes femeninos de la Conquista, la Malinche es la única que merece el título respetadísimo de “doña”.

Pero nunca se olvidarán sus otros nombres, y en la elección de uno u otro se podrá leer entrelíneas la elección ideológica de quien escribe. Vale repetirlo: el nombre es mucho más que una etiqueta o una elección neutral, detrás del nombre hay todo un mundo y, sobre todo, la perspectiva de quien ve e interpreta ese mundo. Antes de analizar, por lo tanto, algunos de los textos en los que aparece el personaje, es necesario interrogarse sobre el porqué de tantos nombres. Su vida misma, los diferentes “dueños” que tuvo en su vida, los múltiples roles que asumió y los contrastantes sentimientos que suscitó dan razón de este multiplicarse de nombres y de juicios.

Su nombre original, Malinalli, significa “hierba torcida” en náhuatl –su lengua de origen–, pero es también el decimosegundo signo del ciclo de 260 días, día funesto. Podemos recordar también a Malinalxoch, “flor de malinalli”, hermana de Huitzilopochtli, que fue abandonada por los mexicas por practicar la brujería. Y hay también otra referencia posible: la diosa lunar, única hembra entre los hombres-estrella, que era llamada Malinal Xóchtil o Malintzin. No podemos olvidar que nuestra Malinalli era siempre única mujer entre hombres –y en muchos lienzos ocupa una posición preeminente respecto a Cortés y Moctezuma y demás protagonistas de la Conquista– precisamente como la luna respecto a los demás astros. En algún momento fue llamada también Tenépal, hecha de cal, es decir, de piel clara como la luna, o por lo menos más clara que la de las demás mujeres de su raza. Todos los cronistas españoles la describen como de piel clara, pieza importante en el proceso de blanqueamiento ideológico al que fue sometida (otra etimología quiere que Tenépal signifique “dueña de la palabra”, que también puede ser otro atributo adecuado, pero parece más correcto filológicamente referirse a “cal”).

Con el bautismo se llamó Marina, quizás por una curiosa combinación de los nombres de los padres de Cortés, Martín y Cristina. Los indios siguieron llamándola Malinalli y a Cortés “el señor de Malinalli”, ya que señor, dueño, en nahua, se indica con el sufijo “tzin”, de respeto. Cortés pasó así a ser Malinalli-tzin. A su vez, los españoles reconvirtieron este nombre en Malinche, cambiando el sonido dulce “tzin” en “che”. Así, en un principio Malinche fue Cortés –“el Malinche” y no “la Malinche”–. Otra versión cuenta que Malinche fue la traducción exacta del español “doña Marina”:

Marina más “tzin”, pero ya que los indios no pronunciaban la “r”, pasó a Malina-tzin y por apócope de la primera parte, o síncope, el resultado fue la fusión: “Malintzin”. El proceso de identificación entre Cortés y Malinalli en el mando de las operaciones –el gesto y la voz, podríamos decir, o un fenómeno de ventriloquia– habría permitido llamar a los dos con el mismo nombre. Esto no debe extrañarnos ya que la dualidad –o identificación hombre-mujer– era propia de la cultura religiosa mexicana: Ometecuhtli/Omecíhuatl, la divinidad máxima del Olimpo mexicana, era hombre y mujer al mismo tiempo, Señor y Señora de la Dualidad.

De todas formas, ambas versiones del origen de Malinche dan cuenta de un hecho incontrovertible para la sabiduría popular, que es la que crea el lenguaje según sus propios modelos y exigencias: la conquista de México fue posible gracias a esa alianza, a esa comunión de miras, de ambiciones, de proyectos. Y hay más: ser mexicano, ser “hijo de la Malinche”, significa exactamente esto, ser hijo de ambos, de “los Malinches”, el capitán Cortés y Malinalli, el español y la india, unidos contra el enemigo común, Moctezuma. Y que se haya perpetuado hasta nosotros la versión femenina, es una venganza de la historia, casi un patronímico al revés, que reconoce el rol activo que la mujer tuvo en la Conquista. Así lo cuenta Bernal Díaz del Castillo:

[E]n todos los pueblos por donde pasamos y en otros donde tenían noticia de nosotros, llamaban a Cortés Malinche, y así lo nombraré de aquí a adelante, Malinche, en todas las pláticas que tuviéramos con cualesquier indios [...] y no le nombraré Cortés sino en partes que convenga. Y la causa de haberle puesto este nombre es que como Doña Marina, nuestra lengua, estaba siempre en su compañía, especialmente cuando venían embajadores o pláticas de caciques, y ella lo declaraba en la lengua mexicana, por esta causa le llamaban a Cortés el Capitán de Marina y para más breve le llamaron Malinche. (Díaz del Castillo, 1983: 193-194)

Y así lo comenta Margo Glantz, en perspectiva feminista:

El cuerpo del conquistador ha sufrido una transformación radical, ha sido transferido al cuerpo de Malinche o se ha confundido con él [...] Marina, la intérprete por antonomasia, acorta las distancias, esas distancias irreductibles que separan –a partir de sus funciones sociales– a las mujeres de los hombres [...] Para los indígenas ella es definitivamente la dueña del discurso, y él, Cortés, el Capitán Malinche, jefe de los españoles, un hombre despojado de repente de su virilidad; carece de lengua porque sus palabras carecen de fuerza, es decir, de inteligibilidad, sólo las palabras que emite una mujer que cumple con excelencia su oficio de lengua [...] alcanzan a su destinatario. (Glantz, 2006a: 10)

Es significativo que Cortés en sus *Cartas* no la nombre nunca: tener nombre significa tener historia, y las *Cartas* de Cortés son un claro ejemplo de autocelebración. Su mentor será Bernal Díaz del Castillo, que la llama respetuosamente Doña Marina y que –en oposición al ninguneo de Cortés– afirma rotundamente que sin la presencia de doña Marina no se podían entender las lenguas de la Nueva España y México. Y Cortés no renunciará a ella tampoco cuando ya esté casada con Jaramillo, como recuerda siempre Díaz del Castillo, en el viaje hacia Hibueras: “[Y] Cortés les habló con Doña Marina, que allí iba con Juan Jaramillo, su marido, porque Cortés, sin ella, no podía entender a los indios” (Díaz del Castillo, 1983: 216).

Doña Marina será el nombre usado mayormente por Clavijero, Solís y otros cronistas oficiales, que ven en ella a la enviada por la Divina Providencia para favorecer la conquista cristiana. Aún más convencidos de su naturaleza divina son los indios que padecieron sus artimañas y hechizos:

Los indios que informaron por primera vez a Moctezuma, le hicieron saber que los españoles traían consigo una Mujer como Diosa por cuyo medio les entendían etc.; que no podía ser, sino que fuesen Dioses, porque iban en Animales Extraños, y nunca vistos, y espantábanse, que no llevasen Mujeres (sino sólo Marina) que ellos llamaron Malintzin y que era por arte de los Dioses el saber la lengua Mexicana, pues siendo Extranjera, no la podía saber de otra manera etc. (Somonte, 1969: 17)

Lo confirma también un mestizo, Fernando de Alva Ixtilxóchitl, quien propondrá la versión milagrosa de Marina en la línea del providencialismo cristiano medieval: “[E]n breves días aprendió la [lengua] castellana, con que excusó mucho trabajo a Cortés, que parece haber sido milagroso y muy importante para la conversión y fundación de nuestra santa fe católica” (Alva Ixtilxóchitl, 1977: 198). También en las crónicas indígenas, aunque casi siempre con tonos menos entusiastas, Malintzin aparece como personaje central. Se prefiere casi siempre *describir* sin juzgar, como en el Códice Florentino: “Y se dijo, se indicó, se relató, se puso en el corazón de Motecuhzoma, que una mujer de aquí, de los nuestros, los guiaba, les servía de intérprete hablando náhuatl. Ella se llamaba Malintzin, su hogar estaba en Tetícpac. Allá, en la costa, de entrada la habían prendido” (Sahagún, 1969: 79).

Durante la Colonia, fue personaje positivo –aunque siempre pasivo– en todas las obras hagiográficas de la Conquista, tanto en una visión laica –objeto complaciente y dócil del maquiavelismo de Cortés–, como confesional –don de la Providencia para cristianizar al Nuevo Mundo–. En el siglo XIX la efigie de la Malinche se llena de significado político, de acuerdo con la nueva circunstancia que se vive en América toda vez que, después de la independencia política, intenta forjar una identidad nueva basada en un sentimiento nacionalista; se buscan –o se crean– los padres, los próceres, los mitos fundacionales. En el México mestizo –aunque indios y mestizos no participaran en el nuevo modelo de nación– no podía faltar un intento por resucitar al origen indio de la nación pero, como ha sido repetidamente recordado, “positivo” era sólo el indio muerto, nunca el vivo: “Los personajes prehispánicos [aztecas], podían ser utilizados con la única condición de que fueran dotados de costumbres, lenguaje y sensibilidades perfectamente anacrónicas” (Nuñez Becerra, 2002: 97) y reconocibles como similares a los europeos. Un juicio sobre Marina totalmente positivo, que parecería mancomunar tanto al blanco, como al mestizo y al indio, lo da el historiador decimonónico William H. Prescott (1843):

Desde [las bodas con Jaramillo] el nombre de Marina ya no aparece más en las páginas de la historia pero siempre será recordada con gratitud tanto por los españoles, por los importantes servicios que les hizo ayudándolos en la Conquista, como por los mexicanos también por su benevolencia y la simpatía que les mostró, mitigándoles sus infortunios. (Prescott, 1977: 554)

Más diversificado es el juicio expresado en las novelas. En *Xicoténcatl* (1826), anónima, presumiblemente de autor mexicano ardiente independentista, exiliado en Estados Unidos (Grillo, 2004 y 2006), nace el mito negativo de la Malinche. Cuenta la Conquista de México, a través de la oposición Cortés-Xicoténcatl según la óptica india: vienen condenadas no sólo las modalidades de la Conquista –cosa usual en esta época de recién lograda independencia–, sino la Conquista en sí, el principio cristiano y eurocéntrico, mientras que todos los valores positivos se concentran en el joven general de los tlaxcaltecas. A la Historia grande se intercala una intrigada historia personal, en la que Malinche tiene mucho protagonismo, ya que trama traiciones, complots, engaños. Aquí, naturalmente, es la traidora por antonomasia, ya que en

toda la novela el punto de vista político, no así el cultural<sup>1</sup>, no es el de los indígenas (“astuta y falsa [...] supo emplear con más efecto la corrupción y la intriga, en que hizo grandes progresos”, (Anónimo, 1964: 107 y 110)), pero le viene reservada la posibilidad del arrepentimiento. Recobrada la razón y la palabra lanza la más grave acusación a la religión católica y a sus representantes durante la Conquista:

Quando yo seguía mi culto sencillo y puro, pues que salía de mi corazón: cuando yo era una idólatra [...] yo fui una mujer virtuosa [...] pero desde que fui cristiana, mis progresos en la carrera del crimen fueron más grandes que las hermosas virtudes de Teutila. Abjuro para siempre de una religión que me habéis enseñado con mentira, con la intriga, con la codicia, con la destemplanza y, sobre todo, con la indiferencia a los crímenes más atroces. (Anónimo, 1964: 161)

Es ese ataque a la religión por boca de la Malinche, entre otros muchos elementos, el que nos hace hablar sobre esta novela como de literatura “poscolonial”<sup>2</sup>, aunque escrita por un autor de evidente de cultura europea. Parece que Justo Sierra Méndez haya pensado en esta novela al escribir: “Singular mujer la hermosa Marina, ‘la india’, a quien los adoradores retrospectivos de los aztecas han llamado traidora, y que los aztecas adoraban casi como una deidad” (Somonte, 1969: 125).

En otra obra sobre el mismo tema, pocas décadas después, la imagen de esa mujer es invertida. En *Los mártires del Anáhuac* (1870), de Eligio Ancona, doña Marina –siempre así se le llama– es la víctima de un destino cruel favorecido por las costumbres bárbaras de aquella gente; “rescatada” por el amor hacia el héroe español y por la conversión que le otorga un papel evangelizador. La historia de sus orígenes cabe perfectamente en el repertorio clásico occidental: una familia principesca, un destino trágico, un *crescendo* de situaciones sin solución hasta la venta a un mercader

---

<sup>1</sup> Es evidente que los personajes indígenas están dibujados según coordenadas culturales europeas, especialmente de la cultura clásica grecolatina.

<sup>2</sup> América Latina no tuvo prácticamente literatura poscolonial como la entendemos hoy día porque el proceso de la Independencia fue una cuestión interna al sistema colonial: la quisieron y gestionaron los criollos que no pudieron rechazar y condenar la Conquista hecha por sus antepasados y de la cual ellos mismos eran el producto. Habían sido parte dirigente del sistema colonial a la vez que su liquidador; poder periférico respecto al centro metropolitano pero “de centro” respecto a la periferia local (léase indígenas, negros, etc.). Este discurso atañe profundamente la producción de novelas históricas que son expresión de la episteme de la clase burguesa-criolla, que quiere corregir más que desmentir la historia oficial, escrita por los conquistadores y “construida” por los historiadores imperiales y coloniales. Se habla hoy de literatura poscolonial en América Latina en relación a cierta literatura contemporánea como la del “renacimiento indígena” y de la “oralitura”, escritas en las lenguas autóctonas en las últimas décadas (Grillo, 2001: 5-8).

sin escrúpulos y la providencial llegada de los españoles que permite su inserción en un contexto civil y la expresión plena de todas sus virtudes hasta ahora reprimidas. Hay tres buenas razones que disculpan completamente a la Malinche de cualquier acusación: ser “predestinada” a obrar el milagro –“¿[c]ómo no había de creer Hernán Cortés en un milagro de la Providencia cuando veía sus filas aumentadas por los que debían diezmarlas? Marina no debía ser más que el instrumento de que el cielo se había valido para librar a los soldados de la Cruz de las acechanzas de los paganos” (Ancona, 1964: 483)–; obedecer a los impulsos del amor y ser fiel a Cortés hasta el sacrificio final aceptando con resignación ser repudiada y casada con otro –“Porque Marina amaba y, como mujer de corazón y de talento, puso todos sus esfuerzos en comprender hasta donde le fuese posible al hombre a quien había entregado su albedrío” (Ibíd.: 482)–; vengarse del imperio azteca que había conquistado y destruido su patria.

Este modelo es, sin duda, el que se impone en otras novelas del siglo XIX, subrayando ora una motivación, ora otra, pero dibujándola siempre con caracteres “blancos”, que parecerían quitarle todos los rasgos indígenas negativos, hasta casi dejar de ser india en el físico además que en la cultura. Su nombre será siempre Doña Marina, para subrayar que aquella mujer tiene nombre –e historia– sólo a partir de su bautismo. En la novela de Ireneo Paz, *Doña Marina* (1883), el amor es el impulso de toda acción humana y la relación superior-inferior; la admiración, la sumisión y el respeto de los indios, hombres y mujeres, hacia los españoles son el *leitmotiv* de todo el libro, como si todos los personajes creyeran en la versión providencialista de la llegada de los europeos. Naturalmente estos caracteres se encuentran sublimados y agigantados en doña Marina, que se vuelve modelo de conducta en cualquier relación entre mujer india y hombre español: “Ella exclamó que lo esperará hasta el fin de los días con el fruto de su amor en el vientre [...] Preferiría morir a no verlo, Cortés era su amo, su señor, su dueño” (Paz, 1883: 9). Ella, su esclava, doblemente esclava por ser mujer e india: “Debes tenerme siempre mucha estimación así como compadecer mi debilidad, no soy culta ni civilizada, sino oscura y sencilla” (Ibíd.: 117). Al llegar Catalina Juárez, la esposa de Cortés, mujer pero española, la india no puede sino reconocer su propia inferioridad y renunciar a su amado, profesándose dispuesta a un último

valiente acto de amor: “Dime que me quede y sabré ser india [...] la esclava sumisa de tu esposa” (Ibíd.: 276). Esta es la Marina heroína de los criollos; a pesar de ser india, posee en máximo grado las calidades más deseadas en las mujeres españolas: la sumisión y la aceptación de su propia inferioridad. Si algo hay que reprocharle es que ese amor la lleve al pecado, a una relación condenada por la Iglesia y por la Institución, pero redimida por su misma renuncia y por sus declaraciones de fe en la única religión, la católica.

Aunque en *Guatimozín, último emperador de México: novela histórica* (1853), de Gertrudis Gómez de Avellaneda, la Malinche tenga un papel muy marginal, no deja de ser emblemática su misión: aconsejar a Moctezuma que se rinda y siga a Cortés:

El intérprete que traducía al emperador lo que decía Cortés, era una joven indiana, que bautizada con el nombre de Marina, seguía al caudillo con el carácter de intérprete en público, y con otro más íntimo en secreto. Notando ésta la poca apariencia de docilidad que tenía Moctezuma: -Señor, le dijo en voz baja, soy una súbdita tuya que no puede desearte mal, y una confianza de ellos que sabe sus intenciones. Cede, te ruego, por amor a tu vida y para evitar grandes males a tus vasallos. (Gómez de Avellaneda, 1853: 32)

Si a lo largo de toda la novela doña Marina aparece sólo dos veces, y siempre en este papel aparentemente neutro de intérprete, en realidad dando consejos a Moctezuma según los deseos de Cortés, en el epílogo a ella y a una improbable Catalina Juárez<sup>3</sup>, la autora deja la tarea de comentar un último acontecimiento: tres años después de la caída de la capital azteca, el suplicio infligido a Guatimozín y a dos príncipes más. En los comentarios de doña Marina se lee muy bien la orientación de la obra:

[c]omprendo la necesidad en que se ve nuestro dueño de quitar del mundo a esos infelices que bien quisiera perdonar su benignidad si no lo desaprobaba su prudencia. Marina acababa de dar con estas palabras la única explicación probable [...] la única excusa verosímil de un acto de crueldad que inmotivado sería horroroso y que en vano quisiéramos justificar apoyándolo en la sospechosa acusación de un súbdito traidor. (Gómez de Avellaneda, 1853: 176)

---

<sup>3</sup> Este epílogo parece bastante inverosímil: las dos mujeres, como dos viejas amigas, acompañan a Cortés en una campaña difícil y peligrosa. Este binomio española-india, esposa-amante, parece aludir al rol de *punte* de la mujer, entre dos mundos y dos culturas, para asegurar la paz tanto en el hogar como en la Historia, reconociendo ambas al hombre español –Cortés– una superioridad indiscutida.



Las palabras de la Malinche parecen resumir la posición misma de la autora – nacida en la Cuba todavía colonial pero residente en España–, ahí en donde intenta ofrecer una imagen ecuánime de la Conquista, resaltando flaquezas y virtudes de ambos bandos y subrayando la inserción de la Conquista en un designio divino: la osadía y la ambición de Cortés, su misión evangelizadora así como la crueldad de sus acciones represivas, por un lado; el heroísmo, la lealtad, la sumisión a los principios religiosos y civiles de los mexicanos, por el otro. También Gómez de Avellaneda, como la Malinche, vivió entre dos mundos, doblemente marginada siempre –en cuanto mujer y en cuanto sujeto colonial–, y las dos hicieron de la palabra su fuerza para vencer y convencer.

En el siglo XX parece que el personaje –y sus diversos nombres– puede corresponder a las más variadas expectativas. Sobre todo en el México de la revolución; hay una necesaria pesquisa en el pasado para re-fundar la nación y la identidad nacional, y la Malinche vuelve insistentemente a atraer la atención de ideólogos e intelectuales<sup>4</sup>, sin perder nunca su doble cara, sus opuestas connotaciones; al contrario, se enriquece de nuevos matices: el movimiento indigenista recupera el nombre indio, Malinalli, o, utilizando el nombre español, habla otra vez de traición, introduciendo el tema sexual como el motor de todas las acciones de la mujer, una “pasión loca” que la lleva a traicionar a su pueblo:

[a]rrastrándose a sus pies subyugada por el deslumbramiento que su hermosa figura [de Cortés] le producía y contemplando sin cesar el exterminio de sus hermanos [...]; el papel de Marina fue importantísimo porque fue el alma de todas las maquinaciones de Cortés para engañar y avasallar a los pueblos descubiertos, su destreza en el habla fue indispensable. (Wright de Kleinbans, 1910: 20 y 25)

En cambio, quien está interesado en fundamentar la patria en el mestizaje, la elogia por haber sido la madre de un mestizo –que además se rebeló al poder colonial– y por haber facilitado la Conquista y las subsiguientes culturas y etnias mestizas y católicas, y prefiere llamarla Malintzin, nombre sincrético y no excluyente (Peñafiel, 1903). En los años treinta, "el retrato de la Malinche alcanzó una altura nacional, tanto

---

<sup>4</sup> No podemos hablar, para no ampliar demasiado nuestra relación, de las muchas obras de teatro en que aparece la Malinche; recordamos, por ejemplo, *Cuauhtémoc* de Salvador Novo y *Corona de fuego* de Rodolfo Usigli.

en su aspecto positivo, de héroe nacional, de madre de la patria, de mestiza mexicana, como en el negativo, dando origen al ‘malinchismo’, ‘malinchista’, etcétera, y remplazando el antiguo discurso sobre si la Malinche había o no traicionado a su pueblo” (Núñez Becerra, 2002: 11). En el principio, el malinchismo tiene connotaciones exclusivamente políticas: “[E]l término malinchismo, popular en el periodismo de izquierda de la década de los cuarenta [...] hace su aparición después de la Revolución y se aplica a la burguesía desnacionalizada surgida en ese período; para la izquierda, era entonces el signo de antipatriotismo” (Glantz, 2006b: 4).

Sólo con la obra de Octavio Paz se le añadirá definitivamente el atributo sexual. En *El laberinto de la soledad* (1950), obra que es considerada texto fundacional de la identidad mexicana posrevolucionaria –búsqueda de los orígenes sin olvidar contaminaciones e influjos modernos–, la Malinche se vuelve símbolo de la tierra americana, la Madre-Tierra, ya que toda la Conquista de América “fue escenario de violación de mujeres e historia de estupro” (Chiappini, 2002: 212). Pero estas mismas mujeres permitieron el nacimiento del mundo mestizo:

[p]or contraposición a Guadalupe, que es la Madre virgen, la Chingada es la Madre violada [...] Pierde su nombre, no es nadie ya, se confunde con la nada, es la Nada. Y sin embargo, es la atroz encarnación de la condición femenina. Si la Chingada es una representación de la madre violada, no me parece forzado asociarla a la Conquista, que fue también una violación, no solamente en el sentido histórico, sino en la carne misma de las indias. El símbolo de la entrega es doña Malinche, la amante de Cortés. Es verdad que ella se da voluntariamente al Conquistador, pero éste, apenas deja de serle útil, la olvida. Doña Malinche se ha convertido en una figura que representa a las indias, fascinadas, violadas o seducidas por los españoles. Y del mismo modo que el niño no perdona a su madre que lo abandone para ir en busca de su padre, el pueblo mexicano no perdona su traición a la Malinche. (Paz, 1950: 77-78)

Así que “malinchismo” adquiere nuevos y contradictorios matices: sumisión y violencia, entrega y violación, fertilidad y exterminio; y la Malinche resucita ya no como santa o demonio, ejemplo de fidelidad y abnegación o de traición y ambición, sino como una mujer protagonista y víctima de una Historia compleja y contradictoria.

Unos años más tarde, Mariano Somonte, aparentemente sigue las pautas de Octavio Paz, pero no se atreve a profundizar el tema tan complejo de la identidad y la idiosincrasia mexicanas. Al contrario, traza un perfil desde una óptica enraizadamente machista y, no por casualidad, titula su libro *Doña Marina, la Malinche* y subraya la

abnegación amorosa de doña Marina y su dependencia física, sentimental y sexual respeto al hombre, lo que equivale a lo que decía Octavio Paz a propósito de la correspondencia entre la Malinche y la Chingada:

Doña Marina ama por primera vez a un hombre, y, como es lógico, se supedita a su voluntad; es una ley biológica. En el ayuntamiento sexual de un macho y una hembra, se impone el más fuerte, el macho, y la hembra se dobliga a su voluntad a través del imperioso deseo sexual con miras a conservar la especie. Ella era una esclava, un objeto que se vende o se regala; él, un hombre poderoso; respeta a la mujer y predica que en el hogar sólo debe de haber una; trae una religión cuyo Dios no exige sacrificios humanos ni inmolarse cada año miles de víctimas. A él, los suyos le tienen por un dios, le obedecen y veneran. Es para ella un ser casi sobrenatural, que vence ejércitos numerosos porque dispone del rayo que escinde y resquebraja los grandes encinos. Un hombre a quien los caciques halagan, los soldados respetan y sus propios sacerdotes tratan con veneración. (Somonte, 1969: 131)

Opuesto es el juicio de Torruco Saravia que ya en el título, *Doña Marina, Malintzín*, y apelando a las palabras de León Portilla, reivindica el nombre sincrético y rechaza el malinchismo:

Es tiempo ya de quitar a Doña Marina el estigma de traidora, de seguirla tomando como chivo expiatorio de la conquista. Leamos y releamos nuestra historia para convencernos de que ella no tiene porque cargar con “esa culpa”. Dejemos ya de creer canalizar nuestra sangre –azteca, totonaca, zapoteca, tarasca, etc., y española– por conductos separados en nuestro cuerpo. Ya basta, somos producto de un hecho irreversible: “Querámoslo o no, en la doble herencia, indígena e hispánica, están las raíces más profundas de la realidad histórica de México. Sólo en función del propio ser con cultura mestiza, y no de algo hipotético o imaginario, se torna significativo el presente y se abre la atalaya para avizorar los tiempos que están por venir” (León Portilla V). Reivindiquemos a Malintzin quitando de nuestro léxico el adjetivo que la denigra, que ofende su memoria. Evoquémosla como lo merece: MALINTZIN. (Torruco Saravia, 1987: 52)

Ahora son principalmente mujeres las que escriben novelas y obras de teatro sobre la Malinche: Rosario Castellanos, Elena Garro, Laura Esquivel, Carmen Boullosa, etc., implicando categorías hermenéuticas nuevas, que van del feminismo al constructivismo, pasando por el neindigenismo. Pero esto es otro discurso y queda para otra investigación.

- ALVA IXLILXÓCHITL, Fernando de (1977). *Obras Históricas. Tomo II*. México, UNAM.
- ANCONA, Eligio (1964). “Los mártires del Anáhuac”, en Antonio Castro (ed.), *La novela del México colonial*, I. México, Aguilar.
- ANÓNIMO (1964). “Xicoténcat”, en Antonio Castro (ed.), *La novela del México colonial*, I. México, Aguilar.
- CHIAPPINI, Ligia (2002). “Postcolonialismo en el Brasil: Malinches y contra Malinches”, en VVAA, *Ficciones y silencios fundacionales*. Madrid, Iberoamericana.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal (1983). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. México, Patria.
- GLANTZ, Margo (2006a). *Doña Marina y el Capitán Malinche*. Consultado el 4 de noviembre de 2006 en <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01349497599804272423680>. (2001, *La Malinche, sus padres y sus hijos*. México: Taurus, pp. 115-133).
- \_\_\_\_\_ (2006b). *Las hijas de la Malinche*. Consultado el 4 de noviembre de 2006 en: <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01477274389081784197857>
- GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis (1853). *Guatimozín, último emperador de México: novela histórica*. México, Imprenta de J.B. Navarro.
- GRILLO, Rosa María (2001). “Editoriale”, en *Thule. Rivista italiana di studi americanistici*, 10-11, pp. 5-8.
- \_\_\_\_\_ (2004). “Tres novelas para la misma historia: el encuentro entre Cortés y Xicoténcat”, en *América sin nombre*, 5, pp. 83-93.
- \_\_\_\_\_ (2007). “La conquista de México de Hernán Cortés a Carlos Fuentes: Xicoténcat”, en *Actas del Congreso La ruta de la obsidiana. Percorsi mesoamericani*, Salerno, 12-13 de diciembre de 2002.
- LEÓN PORTILLA, Miguel (1976). *Visión de los Vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista*. México, UNAM.
- NUÑEZ BECERRA, Fernanda (2002). *La Malinche: de la historia al mito*. México, Divulgación.
- PAZ, Ireneo (1883). *Doña Marina, Novela histórica*. México, Imprenta de Ireneo Paz.
- PAZ, Octavio (1950). *El laberinto de la soledad*. México, FCE.

PEÑAFIEL, Antonio (1903). “Malintzin”, en *Indumentaria antigua, vestidos guerreros y civiles de los mexicanos*. México, Secretaría de Fomento.

PRESCOTT, William H. (1977). *Historia de la Conquista de México*. México, Porrúa.

SAHAGÚN, Bernardino de (1969). *Historia General de las cosas de la Nueva España*, vol. IV. México, Porrúa.

SOMONTE, Mariano G. (1969). *Doña Marina, “La Malinche”*. Monterrey, Ed. Del Autor.

TORRUCO SARAIVA, Geney (1987). *Doña Marina, Malintzin*. Villahermosa, Gobierno del Estado de Tabasco.

WRIGHT DE KLEINHANS, Laurena (1910). “Marina”, en *Mujeres notables mexicanas*. México.